

—¿Quiere usted que la acompañe tía Marta? La casita del molino está lejos y hoy se ha dormido mas que de costumbre.

—Gracias, hijo mio, acepto ya que de tan buena voluntad me lo ofreces, pero mira que te vas á cansar mucho.

—No hay cuidado, tía Marta, allá descansaré si la Sra. Marietta lo permite.

Y ofreciendo el brazo á la buena anciana, echaron á andar los dos por el lado opuesto al que habia tomado el hombre de la capa con el niño, á quien Ludovico llamaba Mario y suponía al lado de su buena madre refiriéndole las impresiones que en su alma infantil habian causado las melodias del órgano.

V.

La Casita del Molino.

Cerca de una de las numerosas fábricas de tejidos de seda con que á cada paso tropieza el viajero caminando por los alrededores de Pésaro, y en la parte oeste de la ciudad, se elevaba, en la época á que se refiere nuestra historia, una preciosa casita blanca que las gentes del país conocian por el nombre genérico de la casita del molino.

De generacion en generacion habia pasado á una honrada familia de tejedores, industria á que se dedican por lo regular las gentes del pueblo en aquella villa, si no prefieren servir en las fábricas de objetos de porcelana ó los modelan primorosamente en sus propias habitaciones.

La casita del molino era legendaria. Se decia en el pueblo que años atrás el rico propietario de un castillo que habia entonces cerca de aquel lugar, y que de mansion feudal se habia convertido despues en fábrica de tejidos de seda, pasaba por la orilla de la presa que en aquel tiempo existia allí, una noche oscura y tempestuosa. Las aguas habian aumentado la caudalosa corriente del rio, y precipitándose con fuerza en la bar-

ranca arrastraban en su curso grandes peñascos y los mas robustos troncos de los árboles. La cabalgadura del castellano se encabritaba á cada relámpago y á cada trueno, y sus mal seguras patas resbalaban en el lodo amenazando arrastrar al abismo al jinete.

El estruendo que producian las aguas al caer entre las peñas y los árboles al desgajarse, no contribuia poco á espantar al caballo, al que inútilmente trataba de regir con mano firme el castellano. De pronto se oyó una exclamacion de angustia, y una masa inerte cayó al fondo de la barranca; pero á la súbita luz del primer relámpago que brilló en el firmamento se habria podido ver á un hombre de estatura colosal que conducia en brazos, como podria haberlo hecho con un chiquillo, al jinete, cuya cabalgadura sola habia rodado á las profundidades del abismo.

Al dia siguiente, la tempestad se habia calmado á los primeros albores de la mañana, y las gentes del país vieron con admiracion á algunos extranjeros que á orillas de la presa y con instrumentos desconocidos en el pueblo se entregaban á trabajos misteriosos. A poco tiempo, centenares de trabajadores dirigidos por aquellos mismos hombres que habian causado tanto asombro á los sencillos habitantes, desviaban el curso de las aguas y cegaban la presa, levantando en el mismo sitio que ella ocupaba la pequeña casa blanca que desde entónces se llamó la casita del molino.

Aquellos grandes y costosos trabajos eran la expresion del agradecimiento del dueño del Castillo. Juan el largo le habia salvado la vida de una manera casi milagrosa sosteniéndole en el momento en que su caballo rodaba al fondo de la presa, y obedeciendo á un noble sentimiento queria evitar que otro viajero corriese el mismo peligro que él y perpetuar la memoria del acontecimiento y su gratitud levantando allí mismo una casa que ofrecer á su libertador.

Los códices romanos que hemos consultado no dicen el nombre del generoso castellano ni tampoco lo que los ingenieros llamados por él hicieron para sustituir la presa que cegaron y hacer de una manera sólida la casa de Juan el largo; tampoco cuentan cuantos millones costó la obra, ni por qué no habiendo habido nunca en aquel lugar un molino se llamó la nueva habitacion la casita del molino; y nosotros no hemos querido tampoco profundizar esta materia, pensando, y con razon, que los autores de leyendas tienen el mismo derecho que los autores de novelas para contentar cuantos caprichos les vengan á las mientes, sin estar obligados á dejar todo como un pelo con perjuicio de la hilacion de su historia y aumentando la justa impaciencia de las bellas lectoras, que desean cuanto ántes conocer la suerte que corren los personajes dejados por el autor en situaciones peligrosas.

En cuanto á Juan el largo, era un pobre leñador famoso en aquellos contornos por lo gigantesco de su estatura que le valió el apodo que llevaba, y por sus hercúleas fuerzas. Habia vivido hasta entónces en una miserable casucha del bosque que mejor merecia el nombre de cueva, y aunque pasaba por un buen mozo, jamas habia querido casarse por no hacer partícipe de su miseria á la mujer en quien se fijara para esposa.

La fama pública le acusaba, sin embargo, de ser el depositario misterioso de un fresco y hermoso ramillete que aparecia todas las mañanas atado en una ventana de la casa del tío Marcos, cuyas hijas llevaban el sobrenombre de *Azucenas* por puras y hermosas.

Cuando estuvo concluida la casita y el señor del castillo fué en persona á darle posesion de ella á Juan el largo y á entregarle, ademas de los títulos de propiedad, los que le aseguraban una pequeña pensión, fué un dia de fiesta en el valle.

Las muchachas mas guapas de las cercanías vinieron con sus padres y sus hermanos, victoriaron entusiastas al generoso do-

nador y al hombre que había tenido la fortuna de salvarle exponiendo su propia vida, y durante la comida y el baile que siguió al acto legal, el pobre Juan tuvo que tener casi siempre los ojos bajos porque adonde quiera que los fijaba se encontraba con otros bellísimos que le dirigían miradas asesinas.

Juan era el héroe de la jornada y no habría tenido más que pronunciar una sola palabra para que todas aquellas muchachas encantadoras se disputaran el honor de su nombre y de su mano. Estaba en un verdadero suplicio: sufría horriblemente, atacado en su modestia por los elogios que todos le prodigaban; creía haber hecho una cosa que nada tenía de extraña, y sus convidados le repetían á porfía que su acción había sido sublime; su timidez natural le había hecho creerse á una distancia inmensa de la última muchacha del pueblo, á la que no se habría atrevido á ver cara á cara, y en aquel momento sentía el calor de las miradas de las más bellas como si fuesen otros tantos rayos solares que tostaban y encendían su semblante.

Pero si era una gran tortura para Juan, si tortura puede llamarse, el tener fijos en sí los ojos de las muchachas, que en honor de la verdad los bajaban tímidamente y con pudor cuando por casualidad tropezaban con los suyos, no era menor la que padecía recibiendo los abrazos y los apretones de manos de los papás, que juzgándole su yerno le trataban ya como suegros.

Cuando el magnífico vino de Pésaro había circulado ya tan profusamente entre la concurrencia que había acabado por trastornar todos los cerebros, el tío Márcos, honrado tejedor y padre de las dos muchachas más lindas de la comarca, se levantó de su asiento y se dirigió bamboleando hacia el lugar donde estaba Juan el largo rodeado de la mayor parte de los convidados.

—Eh, muchacho, dijo describiendo con su cuerpo una etcétera—necesité hablarte, y al punto.

El tío Márcos era respetado por mozos y ancianos en el pueblo, y apenas había pronunciado estas palabras todos los que rodeaban á Juan el largo se retiraron un poco para abrirle paso, y se alejaron después dejando solos á los dos interlocutores.

—Estoy á las órdenes de usted, tío Márcos, dijo Juan con respeto,—¿en qué puedo servirle?

—En mucho, chico; pero es el caso que no sé como empezar y temo que me creas interesante.

—¿Tiene usted algún apuro, tío Márcos?

—Hombre, apuro es, y grande, porque hay cosas que cuestan mucho trabajo para dichas, y aunque estoy hecho una uva no tengo todavía la lengua tan suelta como quisiera. Pero al fin ello ha de ser—continuó después de un momento de silencio y como hablando consigo mismo—ánimo y vamos andando.

Y luego levantando la voz y fijando sus ojos pardos y pequeños en los de Juan el largo, como si quisiera leer en lo más profundo de su alma:

—¿Por qué no te casas, Juan?—preguntó con acento cariñoso.

El pobre Juan se puso encendido como grana y comenzó á temblar.

—Hombre, no seas marica, prosiguió el tío Márcos—¿quién ha de pensar viéndote temblar como un chiquillo que eres el mismo hombre que á riesgo de caer en la presa arrancó de la muerte al caballero?

—Pero tío Márcos.....

—Pero Juan, dijo el tío Márcos, imitando el modo de hablar de su interlocutor—¿crees que no te veo día á día atar tu ramo en la ventana de Alicia, con una cinta color de fuego?

Juan temblaba cada vez más, y no sabía que responder.

—Pues lucida está mi chica con semejante adorador, continuó el viejo—se conforma con ponerle ramilletes en la ventana y verla desde lejos, y cuando la encuentra de frente ó se le habla de ella se echa á temblar.

—Perdóneme usted, tío Márcos—la amo tanto..... balbuceó Juan.

—¿Quién habla de perdon, con mil diablos? gritó exasperado el tío Márcos,—¿crees que si no me convinieras te habria permitido poner florecitas en mi ventana? Pues no faltaba mas..... La muchacha te ama y tú la adoras, cástate con ella y ahí la tienes; saldrán los chicos como perlas.

Y diciendo estas palabras, el tío Márcos se volvió á su asiento, dejando á Juan sin poderse dar cuenta de lo que le pasaba.

Amaba efectivamente á la bella Alicia, hija del tío Márcos y conocida con el nombre de la linda Azucena, para distinguirla de su hermana á quien llamaban la Azucena blanca. Las dos Azucenas eran pretendidas por casi todos los mozos del lugar, pero tan recatadas como hermosas, jamas habian dado nada que decir. El tío Márcos, por otra parte, las guardaba con extraordinaria vigilancia, y el nombre de su padre, el respeto que á todos inspiraba, eran, con sus propias virtudes, los escollos en que se estrellaban las pretensiones amorosas de los mozos, y los escudos en que se embotaban los tiros de la maledicencia.

Juan el largo vió á la linda Alicia, y la amó con todo el ardor de un corazón vírgen y apasionado. Creyéndose inferior á ella, y sin soñar siquiera en la dicha de llamarla su esposa, la adoró cual adoraba á la Santa Malona, de rodillas y como á un sér que pertenecía al cielo.

Incapaz, sin embargo, de ocultar su amor en el fondo del corazón, una mañana, ántes que el canto de las aves anunciara los primeros albores del dia, fué, temblando como un culpable, á atar á la ventana de Alicia un ramo de flores.

El tío Márcos, al dirigirse á la fábrica donde trabajaba, vió el ramo y frunció el entrecejo; pero prudente y experimentado, no dijo una sola palabra y arrancó las flores de la ventana. Al dia siguiente, cuando volvió Juan con nuevas flores, el tío Márcos estaba en acecho; dejó al amante misterioso atar su ramillete, le siguió despues, y cortando en un momento oportuno su camino, le salió al encuentro. Habia amanecido ya y pudo distinguir las facciones del delincuente.

—Buenos dias, Juan, le dijo con severo tono.

El pobre Juan sintió flaquear sus piernas y apenas tuvo fuerzas para contestar á media voz:

—Buenos dias, tío Márcos.

Nadie sabe lo que pasó en la casa del buen viejo con motivo de este encuentro; pero cuando Juan el largo, repuesto del susto, volvió á atar su tercer ramillete, una mano blanquísima y pequeña le desató á pocos momentos de colocado en la ventana, y despues de acercarle á unos labios que ostentaban la frescura y los colores de la flor del granado, le colocó en una hermosa jarra de porcelana.

Tan puros y misteriosos amores continuaron así durante algunos meses; los mozos del pueblo se burlaban de la timidez de Juan el largo, y las doncellas no envidiaban á Alicia amante tan poco decidido; pero ellos gozaban con su propio silencio y con el encanto que el misterio daba á su amor. Juan, despues de atar su ramo, corria á ocultarse entre los matorrales para ver desde allí la mano de su dueño que le tomaba, y se desvanecía de placer al mirar que aquellas flores que él habia estrechado contra su corazón y en las que habia depositado un casto beso, eran tocadas por los labios de la linda Azucena.

Estas escenas tenian un testigo perenne. El tío Márcos, desde un lugar donde no podia ser visto, miraba todo, se sonreía, y casi nunca dejaba de ponerse al paso del pobre enamorado, y de gozarse con su turbacion cuando le dirigia estas palabras:

—Buenos días, Juan.

Los domingos, días en que las dos Azucenas iban con la tía Carmen, su buena madre, al templo, se encontraban Alicia y Juan; ella bajaba la vista y un vivísimo carmin teñía sus mejillas; él se apoyaba en la pared para no caer, y no se dirigían ni un saludo ni una mirada.

Hacia tiempo que el tío Márcos espiaba una ocasión oportuna para enlazar á los dos amantes, y hacer cesar las hablillas que comenzaban en el pueblo, y ya hemos visto como, con el auxilio del vinillo de Pésaro, había llevado á cabo su intento.

Juan fué á devolver su visita al tío Márcos pasados algunos días, y pidió oficialmente la mano de Alicia.

Dos meses despues habia nueva fiesta en la casita del molino; el feliz propietario se enlazaba por toda su vida con la encantadora Alicia, su primero y único amor.

VI.

La bella Marietta.

Durante algunos años la dicha y la abundancia reinaron en aquella pequeña y agradable mansion levantada por la gratitud y santificada por el casto amor de sus felices propietarios.

El señor del castillo iba á menudo á visitar á Juan el largo y á recrearse en su obra; pero al fin una cruel enfermedad le arrebató del seno de sus buenos y agradecidos amigos que le lloraron amargamente, mas que por sus bondades para con ellos, por las virtudes de su corazón y por la afabilidad con que acogía á los pobres, prendas raras en los magnates de todos los países y de todas las épocas.

Los herederos del castellano, avaros y ceñudos para con los pobres, anunciaron á Juan que no podían seguir abonándole la pensión que le habia concedido su protector, y hubieran querido arrebatarle tambien la pequeña casa de que le habia hecho donación; pero la escritura pública en que constaba este ac